



**Virginia Woolf, article sobre Julia Margaret Cameron, a *Fotografies victorianses d'homes famosos i dones boniques*, The Hogarth Press, 1926. Publicat a l'edició de *Freshwater*, Editorial Losada, 2016. (Traducció: Pablo Ingberg)**

Julia Margaret Cameron, tercera hija de James Pattle de la Administración Pública Bengálí, nació el 11 de junio de 1815. Su padre era un caballero de notoria, aunque dudosa, reputación, que, tras llevar una vida licenciosa y ganarse el título de «el mayor mentiroso de la India», bebió al fin hasta morir y fue consignado en un tonel de ron a la espera de ser embarcado a Inglaterra. El tonel fue colocado junto a la puerta del dormitorio de la viuda. Ella en medio de la noche oyó una explosión violenta, salió corriendo y encontró al marido, que, tras volar la tapa del ataúd, la amenazaba bien erguido en la muerte como la había amenazado en vida. «El impacto le hizo perder la cabeza allí y entonces, pobre criatura, y murió desvariando». Es el padre de la señora Ethel Smyth quien cuenta la historia (*Impresiones que permanecieron*), y prosigue diciendo que, una vez que a «Jim Llamaradas» le clavaron de nuevo la tapa y lo embarcaron, los marineros tomaron el licor en que

se preservaba el cuerpo «y, ¡por Júpiter, el ron se salió y prendió fuego e incendió el barco! Y mientras trataban de apagar las llamas, chocó contra una roca, estalló y derivó hasta hacer costa justo debajo de Jugli. ¿Y qué creen que dijeron los marineros? “¡Que Pattle había sido semejante granuja que el diablo no quería dejarlo salir de la India!”».

Su hija heredó una veta de esa vitalidad indomable. Si el padre era famoso por sus mentiras, la señora Cameron tenía un don para el discurso fervoroso y el comportamiento pintoresco que quedó impreso en las calmas páginas de la biografía victoriana. Pero fue de su madre, al parecer, que heredó el amor a la belleza y la aversión a las convenciones frías y formales de la sociedad inglesa. Pues la sensible dama a quien había matado el espectáculo del cuerpo del marido era francesa de nacimiento. Era hija del *chevalier* Antoine de l'Étang, paje de María Antonieta, que había estado con la reina en la cárcel hasta que ella murió y sólo por su juventud se salvó de la guillotina. Junto con su mujer, que había sido dama de la reina, se exilió en la India, y es en Gazipur, con la miniatura que le regaló María Antonieta sobre el pecho, donde yace enterrado.

Pero los de l'Étang llevaron de Francia un regalo más valioso que la miniatura de la desgraciada reina. La anciana madame de l'Étang era extremadamente buena moza. Su hija, la señora Pattle, era preciosa. Seis de las siete hijas de la señora Pattle eran más preciosas que ella todavía. «*Lady Eastnor* es una de las mujeres más buenas mozas que haya visto yo en cualquier país», escribió Henry Gréville sobre la menor, Virginia. Ella experimentó el destino habitual de las beldades victorianas iniciales: la acosaron en las calles, la celebraron en odas y hasta fue tema un artículo de Thackeray en *Punch*, «Sobre una hermosa dama». No importó que las hermanas fueran educadas por su abuela francesa en los saberes domésticos más bien que en el conocimiento de los libros. «Eran artísticas de alma, con una apreciación —casi como para ser llamada culto— de la belleza». En la India sus conquistas fueron muchas, y cuando se casaron y establecieron en Inglaterra, tuvieron el arte de formar a su alrededor, fuese en Freshwater o en Little Holland House, una sociedad propia suya («Pattleado» la bautizó *sir* Henry Taylor), donde podían decorar y arreglar, derribar y construir y llevar una vida arrogante y osada que pintores y escritores y hasta serios hombres de negocios hallaban

muy de su gusto. «Little Holland House, donde vivía el señor Watts, me parecía un paraíso», escribió Ellen Terry, «donde sólo se permitía la entrada a cosas bellas. Todas las mujeres eran agraciadas y todos los hombres eran talentosos». Allí, en las muchas habitaciones de la antigua casa anexa para viudas, el señor Prinsep albergó a Watts y a Burne-Jones y recibió a innumerables amigos entre céspedes y árboles que parecían estar en lo profundo del campo, aunque el tránsito de Hyde Park Corner estaba a apenas dos millas de distancia. Cualquier cosa que hicieran, fuese por la causa de la religión o la de la amistad, se hacía con entusiasmo.

¿Un cuarto era demasiado oscuro para un amigo? La señora Cameron hacía construir una ventana al instante para que entrara el sol. ¿La sobrepelliz del reverendo C. Beanlands estaba apenas pasablemente limpia? La señora Prinsep instalaba un lavadero en su casa para lavar toda la ropa blanca del clero de San Miguel a sus expensas. Entonces cuando intervenían los familiares para rogarle que controlara su extravagancia, ella asentía obediente con la cabeza de coquetos rizos blancos, lanzaba un suspiro de alivio cuando se iban sus consejeros y volaba al escritorio a

despachar un telegrama tras otro a sus hermanas describiendo la visita. «Sin duda nadie podía refrenar a las Pattle salvo ellas mismas», dice *lady* Troubridge. De hecho se sabe que una vez el afable señor Watts perdió los estribos. Encontró a dos chiquillas, las nietas de la señora Prinsep, gritándose entre sí con los oídos tapados de manera de no oír ninguna otra voz que la propia. Entonces les dio un sermón sobre la terquedad, el vicio, dijo, que habían heredado de su antepasada francesa, madame de l'Étang. «De grandes van a resultar mujeres imperiosas», les dijo, «si no tienen cuidado». ¿No tenían para colmo un antepasado que voló la tapa de su ataúd?

En verdad Julia Margaret Cameron resultó de grande una mujer imperiosa; pero carecía de la belleza de sus hermanas. En el trío donde, según decían, *lady* Somers era la Belleza y la señora Prinsep el Brío, la señora Cameron era sin duda el Talento.

«Parecía personificar todas las cualidades de una familia notable», escribió la señora Watts, «de una forma doblemente destilada. Duplicaba la generosidad de la más generosa de las hermanas y la impulsividad de la más impulsiva. Si eran entusiastas, ella lo era dos veces más; si

eran persuasivas, ella era invencible. Tenía ojos notablemente refinados, que centelleaban como sus dichos y se volvían suaves y tiernos si se emocionaba...». Pero para una criatura era una aparición aterradora, «pequeña y rechoncha, sin nada de la gracia y la belleza de las Pattle, aunque con una participación mayor que la de ellas en la energía y la testarudez apasionadas. Vestida de oscuro, manchada con sustancias químicas de la fotografía (y con olor a ellas, además), de cara regordeta y ansiosa y voz ronca y un poco áspera, pero en cierto modo irresistible y hasta encantadora», salía como un rayo de su estudio en Dimbola, sujetaba pesadas alas de cisne a los hombros de las criaturas y les ordenaba «Quédense ahí» y hagan el papel de los Ángeles de la Natividad apoyados contra las murallas del Cielo.

Pero la fotografía y las alas de cisne estaban todavía en el futuro lejano. Durante muchos años su energía y sus facultades creativas se volcaron a la vida familiar y los deberes sociales. Se había casada, en 1838, con un hombre muy distinguido, Charles Hay Cameron, «un jurista benthamista y filósofo de gran erudición y capacidad», que ocupaba el puesto, antes cubierto por lord Macaulay, de

cuarto miembro del Consejo de Calcuta. En ausencia de la esposa del gobernador general, la señora Cameron estaba a la cabeza de la sociedad europea en la India, y fue esto, en opinión de *sir* Henry Taylor, lo que la alentó en su desdén por las costumbres del mundo cuando regresaron a Inglaterra. Tenía poco respeto, en todo caso, por las convenciones de Putney. Llamaba perentoriamente a su mayordomo «Hombre». Vestida de batas sueltas de terciopelo rojo, acompañaba a sus amigos, revolviendo mientras caminaba una taza de té, hasta mitad de camino a la estación de tren en el calor del verano. No había ninguna excentricidad a la que no se hubiera atrevido en nombre de ellos, ningún sacrificio que no hubiera hecho para procurarse unos minutos más de su compañía. *Sir* Henry y *lady* Taylor padecieron la furia extrema de su afecto. Chales de la India, brazaletes de turquesa, portafolios de taracea, elefantes de marfil, «etcétera», llovían sobre sus cabezas. Los colmaba de cartas de seis hojas «todo sobre nosotros». Desairada por un momento, «le dijo a Alice [*lady* Taylor] que antes que acabara el año ella la querría como a una hermana», y antes que acabara el año *lady* Taylor no podía imaginarse cómo hubiera sido la vida sin la señora Cameron. Los Tay-lor la querían; *lady* Monteagle la quería,

y «hasta a quien no le gusta la excentricidad bajo ninguna otra forma, ella le gustaba». Era imposible, descubrían, no querer a esa mujer «cordial, ferviente y generosa», que tenía «una capacidad de amar que nunca he visto superada y una idéntica determinación de que la amasen». Si era imposible rechazar su afecto, era hasta peligroso rechazar sus chales. O los quemaría, amenazaba, allí y entonces, o, si le devolvían el regalo, lo vendía, con las ganancias compraba un sofá para inválidos carísimo y lo obsequiaba al Hospital de Putney para Incurables con una inscripción que decía, para gran sorpresa de *lady* Taylor, cuando se topó con ella por casualidad, que era un regalo de la propia *lady* Taylor. Era mejor, en general, inclinar el hombro y someterse al chal.

Entretanto buscaba alguna expresión más permanente de sus abundantes energías en la literatura. Tradujo del alemán, escribió poesía y terminó lo suficiente de una novela para poner muy nervioso a *sir* Henry Taylor por temor a que se lo convocara a leerla entera. Volumen tras volumen salía despachado por correo de un penique. Escribía cartas hasta que se iba el cartero y entonces empezaba las posdatas. Mandaba al jardinero en pos del





cartero, al ayudante del jardinero en pos del jardinero, al burro al galope todo el camino hasta Yarmouth en pos del ayudante del jardinero. Sentada en la estación de Wandsworth escribía página tras página a Alfred Tennyson hasta que «cuando estaba doblando tu carta, llegaron los chillidos del tren y luego los alaridos de los porteadores con la amenaza de que el tren no me esperaría», de modo que tenía que poner el documento en manos extrañas y bajar los escalones corriendo. Todos los días le escribía a Henry Taylor, y todos los días él le contestaba.

Muy poco queda de esta enorme locuacidad cotidiana. La era victoriana mató el arte de escribir cartas por bondad: simplemente era demasiado fácil llegar antes de la recolección del correo. Una dama sentada ante su escritorio cien años antes no sólo tenía ciertos ideales de lógica y moderación por delante, sino el reconocimiento de que una carta que costaba tanto dinero enviar y suscitaba tanto interés recibir era digna de tiempo y molestia. Con Ruskin y Carlyle en el poder, el correo de un penique para estimular, un jardinero, un ayudante del jardinero y un burro galopante para alcanzar los desbordes de inspiración, la moderación resultaba innecesaria y la emoción más

importante para el mérito de una dama, quizá, que el sentido común. Así, sumergirse en las cartas íntimas de la era victoriana es estar inmerso en los gozos y las penas de familias enormes, compartir sus toses convulsas y resfríos y desgracias, día por día, de hecho hora a hora. El nivel del afecto familiar era muy alto. La enfermedad provocaba lluvias de preguntas y bondades. El clima se observaba con ansiedad para ver si Richard se mojaría en Cheltenham o Jane se pescaría un resfrío en Broadstairs. Faltas graves por parte de institutrices, cocineras y doctores («es culpable de negligencia, profunda ignorancia», decía la señora Cameron del médico familiar) se detallaban profusamente, y el más ínfimo apartamiento de la moral familiar era objeto de vigilantes arremetidas y locuaz transmisión.

Las cartas de la señora Cameron estaban moldeadas sobre ese modelo; aconsejaba y exhortaba y preguntaba por la salud de la queridísima Emily con la mejor intención; pero sus corresponsales eran a menudo hombres de genio exaltado a quienes podía expresarles el costado más romántico de su naturaleza. A Tennyson le insistía en la belleza de la señora Hambro, «juguetona y agraciada como

una gatita y con figura y ojos de antílope... Luego su tez (o más bien su piel) es impecable: es como el pétalo de “esa flor consumada”, la Magnolia; una flor que es, me parece, tan misteriosa en su belleza como si fuera lo único immaculado e impoluto que ha quedado del jardín del Edén... Teníamos un Magnolio erecto en nuestro jardín de Sheen, y una calma noche de verano la luna relucía sobre esos ricos jarrones maduros, y solían emitir una fragancia que desmayaba el alma con una sensación de la lujuria del mundo de las flores». A partir de oraciones así es fácil ver por qué *sir* Henry Taylor miraba con pavor la eventualidad de tener que leer su novela. «Su genio (del cual tiene abundancia) es demasiado profuso y redundante, sin capacidad de distinción entre apropiado e inapropiado», escribió él. «Vive de superlativos como del pan de cada día».

Pero el apogeo de la carrera de la señora Cameron estaba cerca. En 1860, los Cameron compraron dos o tres casitas de campo cubiertas de rosas en Freshwater, las unieron y las complementaron con anexos para recibir el desborde de su hospitalidad. Pues en Dimbola —nombre tomado de la finca del señor Cameron en Ceilán— todo el mundo era

bienvenido. «Las convencionalidades no tenían sitio allí». La señora Cameron invitaba a almorzar a una familia conocida en el vapor sin preguntarles el nombre, solicitaba a un turista sin sombrero conocido en el acantilado que entrara a elegirse uno, adoptaba a una mendiga irlandesa y mandaba a la hija de ésta a la escuela con los suyos. «¿Qué va a ser de ella?», preguntaba Henry Taylor, pero se consolaba con la reflexión de que, aunque Julia Cameron y sus hermanas «tienen más de esperanza que de razón», de todas maneras «las humanidades son más fuertes en ellas que las sentimentalidades» y en general llevaban sus excéntricas empresas a buen puerto. De hecho, la hija de la mendiga irlandesa se desarrolló en una hermosa mujer, se convirtió en camarera de la señora Cameron, posó para un retrato, fue solicitada en matrimonio por el hijo de un hombre rico, ocupó el puesto con dignidad y competencia y en 1878 gozaba de una renta de dos mil cuatrocientas libras al año. Poco a poco las casitas de campo cobraron color y forma bajo las manos de señora Cameron. Se construyó un pequeño teatro donde actuaran los jóvenes. Las noches agradables se iban caminando hasta lo de los Tennyson y bailaban; si había tormenta, y la señora Cameron prefería la tormenta a la calma, se paseaba por la

playa y enviaba en busca de Tennyson para que fuera a pasearse a su lado. El color de las ropas que vestía, el lustre y la hospitalidad de la gente de la casa bajo su mando les recordaban a sus visitantes el Oriente. Pero si había un elemento de «familiaridad feudal», había también una sensación de «disciplina feudal». La señora Cameron era sumamente franca. Podía ser inmensamente despótica. «Si llegas a caer alguna vez en una tentación», le dijo a una parienta, «ponte de rodillas y piensa en la tía Julia». Era cáustica y sincera de lengua. Persiguió a Tennyson hasta su torre vociferando «¡Cobarde! ¡Cobarde!», y así lo forzó a vacunarse. Tenía sus odios al igual que sus amores, y alternaba en sus espíritus «entre el séptimo cielo y el pozo sin fondo». Había visitantes que encontraban perturbadora su compañía, de tan raros y osados que eran sus métodos de conversación, mientras que la variedad y brillantez de la sociedad que juntaba a su alrededor hizo lamentarse a cierta «pobre señorita Stephen»: «¿No hay *nadie* común y corriente?», cuando vio a cuatro jóvenes Jowett beber coñac con agua, oyó a Tennyson recitar *Maud*, mientras el señor Cameron con un sombrero cónico, un velo y varios abrigos se paseaba por el césped que en un ataque de entusiasmo había creado su esposa durante



la noche.

En 1865, cuando tenía cincuenta años, una cámara regalo del hijo le dio al fin una válvula de escape para las energías que había disipado en poesía y ficción y reformas de casas y confección de curris y recibimiento de amigos. Ahora se hizo fotógrafa. Toda su sensibilidad se expresó, y, lo que era quizá más relevante, se controló en este arte recién nacido. La carbonera se convirtió en cuarto oscuro; el gallinero se convirtió en invernadero. Barqueros se convirtieron en el rey Arturo; aldeanas en la reina Ginebra. Tennyson fue envuelto en mantas; *sir* Henry Taylor fue coronado con oropel. La camarera posó para un retrato y el huésped tenía que atender el timbre. «Trabajé sin frutos pero no sin esperanzas», escribió de ese tiempo la señora Cameron. De hecho, era infatigable. «Solía decir que en su fotografía se destruían cien negativos antes que lograra un buen resultado, siendo su objetivo superar el realismo mediante apenas una ínfima disminución en la precisión del foco». Semejante a una tigresa en lo atinente a sus hijos, era igual de magníficamente inflexible en cuanto a su arte. Le aparecieron manchas marrones en las manos, y el olor a sustancias químicas se mezclaba con el aroma del

fragante escaramujo del camino que pasaba frente a la casa. No le importaban nada las desdichas de quienes posaban para ella ni su rango. El carpintero y el príncipe heredero de Prusia por igual debían posar inmóviles como piedras en las posturas que elegía, entre las telas que acomodaba, por el tiempo que deseara. No le importaban nada sus propios esfuerzos y fracasos y agotamiento. «Anhelaba capturar toda la belleza que llegaba frente a mí, y a la larga el anhelo resultó satisfecho», escribió. Pintores elogiaban su arte; escritores se maravillaban del carácter revelado por sus retratos. Ella misma se encendió a la larga de satisfacción por sus creaciones. «Es una sagrada bendición la que ha acompañado mi fotografía», escribió. «Da placer a millones». Prodigaba sus fotografías entre sus amistades y parientes, las colgaba en salas de espera de estaciones ferroviarias y las ofrecía, se dice, a los porteadores a falta de cambio chico.

El anciano señor Cameron entretanto se retiraba cada vez con mayor frecuencia a la relativa privacidad de su dormitorio. No le gustaba la sociedad, pero la soportaba, como soportaba todos los antojos de su esposa, con filosofía y afecto. «Julia está rebanando Ceilán», decía,



cuando ella se embarcaba en otra aventura o extravagancia. Sus hospitalidades y el fracaso de la cosecha de café («Charles me habla de la flor del cafeto. Yo le digo que los ojos del primer nieto deberían ser más hermosos que cualquier flor», dijo) habían llevado los negocios de él a una situación precaria. Pero no fueron sólo las angustias comerciales las que hicieron desear a la señora Cameron visitar Ceilán. El anciano filósofo fue obsesionándose cada vez más con el deseo de volver a Oriente. Allí había paz; hacía calor; estaban los monos y los elefantes entre los cuales había vivido antaño «como amigo y hermano». De repente, pues lo habían mantenido en secreto ante los amigos, los Cameron anunciaron que se iban a visitar a sus hijos en Ceilán. Se hicieron los preparativos y los amigos fueron a despedirlos a Southampton. Los precedieron a bordo dos ataúdes embalados con cristalería y vajilla, por si los ataúdes eran inconseguibles en Oriente; el anciano filósofo con sus brillantes ojos fijos y la barba «bañada en luz de luna» sostenía en una mano el bastón de marfil y en la otra el regalo de despedida de *lady* Tennyson, una rosa rosada; mientras la señora Cameron, «grave y valiente», vociferaba sus mandamientos finales y controlaba no sólo



innumerables paquetes sino una vaca.

Llegaron a Ceilán a salvo, y en gratitud la señora Cameron organizó una colecta para regalarle un armonio al capitán. La casa de Kalutara estaba tan rodeada de árboles que conejos y ardillas y minás entraban y salían mientras un hermoso ciervo domesticado hacía guardia junto a la puerta abierta. Marianne North, la viajera, los visitó allí y encontró al anciano señor Cameron en un estado de total felicidad, recitando poesía, caminando de un lado a otro de la veranda, con su largo cabello blanco caído sobre los hombros y el bastón de marfil en la mano. Puertas adentro la señora Cameron seguía fotografiando. Las paredes estaban cubiertas de imágenes magníficas que caían sobre las mesas y las sillas y se mezclaban en pintoresca confusión con libros y colgaduras. La señora Cameron resolvió de inmediato que fotografiaría a su visitante y estuvo tres días con una fiebre de excitación. «Me hizo estar de pie con ramas de cocotero puntiagudas que chocaban con mi cabeza... y me dijo que me mostrara totalmente natural», comentó la señorita North. Regían en Ceilán los mismos métodos e ideales que habían regido antaño en Freshwater. Tenían un jardinero, aunque no

había jardín y el hombre jamás había oído hablar de la existencia de tal cosa, por la excelente razón de que a la señora Cameron su espalda le parecía «absolutamente espléndida». Y cuando la señorita North admiró incautamente un maravilloso chal verde hierba que tenía puesto la señora Cameron, ésta agarró un par de tijeras y, diciendo: «Sí, eso le quedaría perfecto», lo cortó por la mitad de esquina a esquina y la hizo compartirlo. Al fin, le llegó a la señorita North el momento de irse. Pero la señora Cameron seguía sin poder soportar que sus amistades partieran. Como en Putney los había acompañado revolviendo el té mientras caminaba, así ahora en Kalutara ella y toda la gente de su casa debían escoltar a su huésped colina abajo a esperar el carruaje a medianoche. Dos años más tarde (en 1879) moría. Los pájaros entraban y salían revoloteando por la puerta abierta; las fotografías caían sobre las mesas, y, acostada frente a una amplia ventana abierta, la señora Cameron vio brillar las estrellas, exhaló la sola palabra «Hermoso» y así murió.